

CORREO DE MADRID.

DEL SABADO 11 DE AGOSTO DE 1787.

Continuacion del Rasgo filosófico. Este sol no se parecía á la pálida y débil luz que alumbraba nuestra prision tenebrosa; podia mirarsele de hito en hito sin cerrar los parpados; los ojos se cebaban con una especie de deleite en su pura y dulce luz: esta recreaba juntamente la vista y el entendimiento, y penetraba hasta el alma. Los cuerpos de aquellos hombres felices llegaban á ser como transparentes, y cada uno leia entonces en el corazon de su semejante los sentimientos de suavidad y ternura de que él mismo estaba penetrado.

De todas las hojas de los arbolillos que alumbraba aquel astro, saltaban á lo lejos porcioncillas de materia luminosa, en que se pintaban todos los colores del iris; su frente, que jamas se eclipsaba, estaba coronada de rayos centelleantes que el atrevido prisma de nuestro Newton no hubiera sabido descomponer. Quando se ocultaba aquel astro, fluctuaban en la atmósfera seis lunas brillantes, y su marcha combinada con variedad, formaba cada noche un nuevo espectáculo. Aquella multitud de estrellas, que se nos figuran como esparcidas sin cuidado, se descubrían allí en su verdadero punto de vista, y el orden resplandeciente del universo se presentaba con toda su pompa.

Quando en aquella dichosa tierra se entregaba el hombre al sueño, su cuerpo, que no participaba nada de los elementos terrestres, no ponía trabas á las funciones del alma. Esta contemplaba en un sueño que tenia mucho de realidad, la region luminosa, trono del eterno, adonde debía elevarse bien pronto. El hombre salía de un ligero sueño sin turbacion y sin inquietud, gozando de lo futuro por el sentimiento íntimo de la inmortalidad, se embriagaba con la imagen de una felicidad próxima mucho mayor todavía.

El dolor funesto, resulta de la sensi-

bilidad imperfecta de nuestros cuerpos groseros, no se daba á conocer á aquellos hombres inocentes: advertidos por una sensacion ligera de los objetos que podían dañarles, la misma naturaleza les desviaba del peligro, al modo que una tierna madre aparta á su hijo de un hoyo, tirándole suavemente por la mano.

Yo respiraba mas blandamente en aquella morada de concordia y alegría: me era amable mi existencia, y quanto era mas vivo el encanto que me rodeaba, tanto mas tristemente me recordaba las ideas del globo que yo habia dexado. Todas las calamidades del linage humano se reunieron como en un solo punto para afligir mi corazon, y exclamé con dolor: ¡Hay! En otro tiempo, el mundo en que habito se parecía al vuestro; pero bien pronto se disparon, la inocencia, la paz y los placeres puros. ¡Qué no haya yo nacido entre vosotros! ¡Qué contraste! La tierra que fue mi triste morada, resuena sin cesar con lamentos y gemidos. Allí el número mas corto oprime al mayor; y el demonio de la propiedad inficiona lo que toca, y lo que codicia. El oro es allí un Dios, en cuyos altares se sacrifica el amor, la humanidad, y las virtudes mas preciosas.

¡Estremeceos vosotros que lo escuchais! El mayor enemigo del hombre, es el hombre mismo. Muchos de sus gefes son sus tiranos que quieren postrarlo todo al yugo de su orgullo ó su capricho: las cadenas de la opresion se extienden mucho de un polo á otro; un monstruo cubierto con la máscara de la gloria, ha legitimado las cosas mas horribles, la violencia y la muerte: despues de la invencion fatal de cierto polvo inflamable, ningún mortal puede decir. „Mañana descansaré tranquilamente, mañana no atacará mis huesos el dolor espantoso, mañana, en fin, no saldrán de mi corazon oprimido los lamentos de una des-

esperacion inutil, quando la tiranía me haya hundido vivo en un sepulcro de piedra.

¡Oh hermanos míos, llorad, llorad sobre nosotros! No solamente estamos rodeados de cadenas y de verdugos, sino que tambien dependemos de las estaciones, de los elementos, y de los insectos mas viles. La naturaleza entera se nos ha revelado, y si tal vez la sujetamos, nos hace pagar caros los bienes que el trabajo le arranca. El pan que comemos, está regado con nuestro sudor, y nuestras lágrimas: vienen luego los codiciosos, y nos arrebatan parte de él para prodigarlo á los ociosos que les divierten.

¡Llorad, llorad conmigo, hermanos míos! El odio nos persigue, la venganza aguza ocultamente su punal, la calumnia nos denigra, y nos quita hasta la facultad de defendernos; el amigo es traidor á nuestra confianza, y nos hace maldecir este sentimiento consolador; en una palabra es necesario vivir en medio de todos los tiros de la malignidad, del error, del orgullo, y de la locura.

Al tiempo que mi corazon daba libre curso á sus quejas, vi bajar del Cielo unos serafines resplandecientes, y aquellos hombres afortunados comenzaron á dar voces de alegría. Como yo estaba atonito, se me llegó un anciano y me dijo: á Dios, amigo mío; se acerca el instante de nuestra muerte, ó por mejor decir el instante de nuestra vida. Estos ministros del Dios clemente vienen á llevarnos de esta tierra para ir á habitar un mundo mas perfecto. ¿Pues qué, hermano mío, le respondí, no conocéis las angustias de la muerte, aquella ansia, aquella inquietud, aquella turbacion, que acompañan á nuestros últimos instantes?... No, hijo mío, replicó; estos Angeles del Señor, vienen á cierto tiempo de un mundo ignorado, pero que no dejamos de percibir por la convicción íntima de la bondad y de la magnificencia del Criador, que no tiene límites. (Se concluirá.)

Madrid. Conclusion de la Cuenta empezada en el número anterior. Pasa al estado

del matrimonio; quiere á su marido; cuida de su casa; ¿qué dicen de esta? Que se casó desde la cabeza á los pies, que es templada á la moda de antaño; y que está por conquistar. (Yo lo creo.) Y otros recursos de que se valen para conducirlos en su perdicion; lo primero tantear el terreno (por si acaso) con aquello de, *quien hubiera sido el dichoso, si yo hubiera logrado la felicidad de ese caballero; Vm. merece mucho mas &c.* La hallan dura, con juicio, contenta y satisfecha con su marido; se vuelve la tortilla; á despreciarla, y no hacer caso de ella; si es en el paseo no hacerle cortesía, si es en las tertulias no darle conversacion, si en el baile, no sacarla á bailar, y darle envidia con otras que ya tienen seducidas á sus perversas manías. Esta infeliz que se vió aplaudida en la mayor altura de obsequio, y despues se ve abandonada de él (que es nuestro fuerte). ¿qué ha de hacer? (si es muger) ya lo dije con arto sentimiento. Poco á poco se va prestando al trato que no pensó, y engañada escucha las persuasiones del hombre que la arrastra á su perdicion, facilitándole quantos inconvenientes ella propone (que no serán pocos), y vencida una vez, pobre muger, se perdió. ¡Buen Dios! ¿Cómo quiere el hombre á la muger? si es buena, mala para él, y si mala, lo mismo. Asi sin la menor duda estamos todos perdidos, porque el hombre lo quiere.

Queridos míos muy amados, vuelvan Vms. por su causa, no nos desposean de lo único que nos han dejado. Hagase el obsequio debido á las solteras, pues han de ser compañeras de Vms. sin prepararlas para malas. Dejar las casadas á sus maridos, no faltándolas en lo político, y este es el único medio de remediarse el deplorable estado en que nos hallamos. Nosotras sensibles, humanas, cariñosas, sostenidas de nuestros hombres, buenos, juiciosos y honrados, ¿qué dejaríamos de hacer para la felicidad de ambos? Tengo alguna confianza (no mucha) en que la razon ha de poder con Vms. mas que el vicio por la cuenta que les tiene; si amigos míos, manos á la obra; así lo suplica esta que ama su semejante y desea la felicidad de todos. La muger por la verdad.

Otra. Señor Editor: muy señor mío, no quisiera fatigar la atención de Vm. pero un parrafito que se lee en un periodico de 23 del pasado impulsa mi pluma con mas violencia de la que yo puedo resistir.

Si los sabios D.: se enderezaran á mí solamente, tengo bastante filosofía para dejarles lucir con su juiciosa crítica; pero se dirigen á Vm. sin otro motivo, que haber merecido yo á su bondadosa correspondencia el anuncio de mis reflexiones, dudas y soneto: yo bien sé que si no ocuparan á Vm. asuntos mas serios, daría una respuesta capaz de aquietar la inquietud de ánimo de los que se han resentido de la dulce moderada crítica, que en tono declamatorio y magistral llaman mordaz y mofadora; y por lo mismo me he tomado el permiso de manifestar al público á nombre de Vm. y miononib...

Que es algo raro, que unos señores que jamas toman parte en los pensamientos ajenos, que publican en sus periodicos, se hayan irritado por una vagatela, hasta el punto de explicarse en unos términos, que no se hermanan bien con su urbanidad y fina educacion.

En solas ocho lineas se lee por aqui unos hombres por alli, acaban de morder, por acullá, se mofan con primor de todos este idioma (á pesar de la idea que han formado estos señores) es para mí totalmente desconocido, y tanto que no tienen que temer que use del derecho de represalia.

El soneto quere se ve en su periodico, 23 del pasado está puesto con la mano, para hablar de Vm.; como que ha cometido un delito imperdonable en atender á mi súplica.

Lo mejor es, que nos ofrecen esta obra como el mas cabal y ajustado modelo en el ramo de poesia lirica: ahora verán que no soy un viejo tétrico y travillario, que muerde las obras ajenas, y se mofa de todos con primor: verán que no me meto en la cuestión etica sobre si es posible la tranquilidad del espíritu en este valle de lágrimas: si las pruebas que se dan en este delicado punto son sólidas y concluyentes: si los adjetivos prospera y tirana, están aplicados con propiedad; mucho

menos si todos los versos son energicos, sonoros y numerosos, ó mas lánguidos y frios que la fuerza y salud de su autor: solo apuntaré uno ú otro descuidillo que pudo prevenir este gran humanista. (Se concluirá.)

Respuesta á la carta segunda del insigne Don Lucas Aleman y Aguado.

Amigo (fuera de pulla) como digo de mi cuento, aprendiz de diablo eres segun tantas los ingenios.

Tú tienes á los Censores, tienes á los Semaneros, tienes al Apologista, y á mí me tienes; ¿qué es esto?

¿No bastaba un Don Urbano que nos royese los huesos, sin que tú tambien te empees en machacarnos los sesos?

Vuelve á embaynar la segur, y no mal gastes el tiempo, porque mal gastarlo así es propio de majaderos.

Me preguntas que te diga como me fue en el infierno, y si están tambien alli

Juan Claro y sus compañeros.

¿Qué gracia! ¿Quién te metió en la chola tal enredo? ya veo son satirillas fruto propio de tu ingenio.

Sin duda estabas soñando quando escribistes tus versos, dulces, como Atun salado, verdes como congrio seco.

Pero por no despreciar tus favores por entero, me quedo con los abrazos, y te vuelvo los doscientos.....*

No digo que no reclames tus comedias ó dinero; mas si lo gasto en botica, ¿qué castigo mas tremendo?

Perdonale en caridad, y si no quieres, hacerlo formaliza tu demanda ante el Juzgado Casero.

Porque pensar que el autor restituya uno ni medio,

es lo mismo que buscar
en el canal salmon fresco.

No soy su administrador,
ni pariente de Qarvedo;
pero tengo devocion
de defender á los muertos.

El que quisiere lucir
su poco ó mucho talento,
no venda por parto suyo
lo que concibió otro ingenio.

Estudie pese á su alma,
y no mendigue conceptos;
ni dé por *originales*
las comedias de otro Reyno.

Pero volviendo á el asunto
de mi jornada, confieso
estuve en el otro mundo
en un éxtasis, no muerto.

Allí vi ¡valgame Dios!
de pensarlo me estremezco)
los baños de manzanares,
y los que eprtaban en ellos.

A otro lado una gran tienda
de erizones y sombreros,
plumas, lazos y escofietas
que trabajaba *Lutero*.

Ví llegar mil perimetras
á quien dos diablos pequeños
(que parecían orteras)
hacían mil cumplimientos.

Entre usted, sientese usted,
que pide usted, y con esto
lo que no valia veinte
se lo vendian por ciento.

A otro lado ví un Don Lindo
muy peinado y circunspeto,
que llevaba en el vestido
botonazos como arneros.

Asistiale un *diablillo*
que le tenia el espejo,
y otros dos le azepillaban
en traje de peluqueros.

Otro muy de socarron
le rendia mil obsequios,
y luego de un corniscazo
le hacia besar el suelo.

Entré luego en un salon,
donde baylaban sin freno
una contradanza abierta
diablos y diablas revueltos.

Despues presencié el saynete
de *Juan el picapedrero*,
y una tonadilla obscena
que cantó el diablo cojuelo.

Ví tambien muchos diablillos
que servían de braceros
á otras diablas, que de prisa
caminaban á el infierno.

¿Dónde estás *compadre Curro*?
(me preguntaba á mi mesmo)
quando sin salir del susto
tropecé con otro riesgo.

Ví (¡que dolor!) á la reja
de un calabozo funesto
dos escritores borrando
lo que en el siglo escribieron.

Yo ¡hay de mí quedé
(bien puedes Lucas creerlo)
mas frio que un cortejante
quando no tiene dinero.

Desperté y me allé confuso,
de pasmo y asombro lleno,
dudando si era verdad
lo que parecia sueño.

En fin para no cansarte
solo asegurarte puedo,
no estaban allí *Juan Claro*
ni sus insignes manchegos.

Pero no sabré decirte
si entrabas tú en aquel juego;
pues como no te conozco
no pude ponerte el sello.

Y con esto Dios te guarde
que no quiero ser molesto,
y pues sabes estoy vivo
no me cuentes con los muertos.

De aquí, de allá, de acullá
tu amigo el mas afecto
ya tu sabes, claro está
siempre el propio, siempre el mesmo.

N. No hemos podido servir al autor in-
sertando integro su romance.

*Libro. Disertacion histórico-canónica so-
bre las exenciones que gozan los regulares
acerca de la jurisdiccion ordinaria episcopal,
su autor D. Francisco Osorio: se hallará des-
de el lunes en la librería de Arribas, por
el precio de 2 rs. vn.*